

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 399

Barcelona, 7 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

En cierto modo una redundancia. Pero

acaso no ociosa, porque las omisiones voluntarias equivalen a certificados de defunción. Y bueno es que no haya muertos emboscados.

La flota republicana entabla combate con tres cruceros facciosos y torpedea a uno, a bordo del cual se produce una gran explosión

Parte facilitado ayer por la mañana en el Ministerio de Defensa Nacional

La Flota republicana entabló combate, esta madrugada, a las 2,20, con los cruceros facciosos *Canarias*, *Baleares* y *Almirante Cervera*, a 70 millas a los 84° de Cabo Palos. Uno de los torpedos que lanzaron nuestros destructores alcanzó al crucero que ocupaba el segundo puesto de la línea enemiga, y que por su tipo es el *Canarias* o el *Baleares*. A bordo del buque torpedeado se produjo una gran explosión, quedando escoradísimo.

En cuanto despuntó el día, salieron siete aviones rápidos de gran bombardeo, que se dirigieron al lugar del combate naval. Los aviadores pudieron ver que el crucero faccioso estaba envuelto en llamas, rodeándole otros siete barcos. Los aparatos realizaron un bombardeo sobre el buque incendiado, cayendo las bombas en las proximidades del mismo.

El Ministro de Defensa Nacional ha telegrafado al Jefe y al Comisario Político de la Flota, felicitando a todo el personal de la misma por el brillantísimo resultado del combate.

Se ha lanzado por radio, para conocimiento de todos los buques extranjeros, el siguiente despacho:

«El Ministro de Defensa Nacional de la República española previene del peligro que supondría acercarse al barco de guerra faccioso, que está ardiendo a 70 millas de Cabo Palos, ante la eventualidad de nuevos ataques por nuestra parte contra dicho buque y contra otros navíos rebeldes que intentarán su salvamento.»

OPINIONES

Los intelectuales, al servicio de España

Por PAULINO MASIP

En ciertos medios ha producido extrañeza la larga lista de intelectuales españoles que han declarado adhesión, con sus firmas al pie de un manifiesto, al Gobierno de la República. La sorpresa, por lo que supone de desconocimiento de la verdadera realidad española, produce cierta melancolía; pero no tenemos sobre quién descargarla, porque entre todos la hemos engendrado y yo no rehuyo la parte alicuota de culpa que me corresponde. Desde el 19 de julio acá, quien más quien menos, todos nos hemos complacido en subrayar las traiciones y, sólo rara vez y como de pasada, en proclamar las lealtades. Desde un punto de vista moral, nuestra actitud ha sido lógica; no lo ha sido tanto desde un punto de vista político, dándole a este vocablo el único amplio, noble y elevado sentido que conviene.

En efecto, nos hemos complacido, quizá un poco morbosamente, en el espectáculo lamentable de unos pocos hombres renegados de sí mismos, mancilladores insensatos e incomprensibles de su propia vida, y hemos pasado en silencio la lealtad de la mayoría, por la misma razón que en las páginas de los diarios se guarda hueco para el nombre, los antecedentes y la antropometría de un bergante y no se hace mención del resto de sus conciudadanos que aquel día han vivido honestamente. El bergante goza de publicidad en virtud de lo excepcional de su caso, y aquella crece o mengua con arreglo a esta medida. La misma razón — no entro ni salgo en su equidad — obliga a que el hombre honrado, por el simple hecho de serlo, no salga del anonimato. Este destino, intolerable para ciertas almas impotentes y ambiciosas de relumbrar, hace que, de cuando en cuando, Eros trate vuelta al mundo en nuevas encarnaciones.

Que la persona decente siga siendo persona decente es un suceso normal que no hay que hablar, aunque la unidad se multiplique por mil o por un millón. Lo normal es que en un país sean muchísimas más las personas decentes que las otras. El reconocimiento explícito de esta verdad funda-

mental, así, sin más ni más, podía parecer una petulancia pueril si no algo peor.

Ahora bien, un país puede llegar a circunstancias tan extrañas, que hagan necesaria declaración semejante. España es, desde hace año y medio, este país. El error de nuestra conducta proviene de que hemos obrado normalmente en un país anormal, no tanto en sí mismo como en el concepto que de él se han formado más allá de sus fronteras. El silencio acerca de las virtudes normales del pueblo español, que en cualquier otra ocasión hubiera sido impertinente quebrar, en ésta ha tomado un sesgo de complicidad y asentimiento a los peores balances. Con los dedos de una mano pueden contarse los transgresores de aquéllas. Su escasez numérica debería de haber servido, por contraste y comparación, para exaltar la cuantía de los leales a sus normas éticas de siempre. Pero como aquéllos eran los únicos que hablaban, y de los únicos que nosotros hablábamos, se ha podido creer que los más, puesto que callaban, no existían. Era tiempo de que dieran fe de vida, y con ella, mentís, a tanta paparrucha formulada.

Al llegar aquí, la melancolía inicial se nos ha disipado. La sorpresa aludida servirá para calibrar mejor los excesos del espejismo y los valores de la realidad. Que es ésta, sencilla y clara: las corrientes espirituales hispanas representadas por hombres y nombres ilustres — la monstruosidad clamorosa de las excepciones ratifica este principio — nacen, discurren y mueren en el ámbito del pueblo español. En ellas reside la razón y la fuerza de la causa republicana. Yo he dicho y he escrito — la afirmación alumbró sonrisillas irónicas y miopes — que mi confianza absoluta en el triunfo de las armas españolas se basaba, no tanto en el ejército, en el proletariado, en los gobernantes, como en el hecho de que todos los poetas estuvieran a nuestro lado. Extendí este concepto, como lo estaba en mi intención, a todos los

(Continúa en la pág. siguiente.)

Los tres mil libios que Mussolini ha enviado a Franco

Ya han desembarcado en Cádiz los tres mil soldados libios enviados a España últimamente por Mussolini, a la mayor gloria del famoso Comité de No Intervención en sentido único de Londres. Los trajo el vapor *Lido*. La prensa egipcia publicó, acerca de esta expedición militar, detalles que han reproducido diarios ingleses y franceses.

Mussolini tiene en Libia, es decir, en las antiguas provincias turcas de Tripolitania y Ainaica, más de 80.000 soldados. La mayoría son de raza blanca; pero hay, entre ellos, algunos batallones formados por indígenas. Cuando Graziani, con su sistema de los *raids* aéreos y de las correrías en auto blindado, puso fin a la resistencia de las poblaciones líbicas del interior, que dirigían oficiales otomanos y el mismo célebre Enver, bajá, luego ministro de la Guerra en Constantinopla, organizó fuerzas regulares con naturales del país. Procuró, desde luego, que su número no fuese muy elevado. No se fiaba de ellas mucho...

Pues bien, los tres mil soldados indígenas traídos a España, proceden de los citados batallones libios. Primero se pidió voluntarios. Como no se presentaron, se entresacó, de las compañías, cierta suma de hombres.

El día del embarque, hubo en Trípoli escenas sangrientas. La población acudió al muelle y se opuso violentamente a que los soldados subieran a bordo del *Lido*. Fué preciso apelar a la policía, y luego, a la tropa italiana de línea. Al fin, se logró dispersar a la muchedumbre. Se fusiló a varios soldados recalcitrantes y a algunos paisanos, entre ellos un santón popularísimo. Desde entonces, reina en Trípoli efervescencia extraordinaria.

Se ve claro en el juego de Mussolini. Últimamente, sólo envía a España especialistas y africanos. Aquéllos se quedarán siempre. Los otros serán presentados a las Comisiones del Comité de Londres que vengan a España para organizar y vigilar la retirada de voluntarios, como marroquíes genuinos...

Pero nosotros no podemos prestarnos a esa indecente burla, a esa farsa infame. Nosotros pediremos que se conceptúe, como voluntarios exóticos, a todos los africanos que Franco ha reclutado en Marruecos. Y de tal manera, será imposible el *camouflage* mussoliniano.

Y si las potencias no acceden a nuestra petición justísima, ya sabremos lo que hacer...

Todos los delincuentes italianos son enviados para engrosar el ejército de Franco, que lucha por el «orden, la patria y la familia»

El diario antifascista *Giustizia e Libertà* publica la siguiente noticia, que descubre la «calidad» del material humano que Mussolini envía a Franco para su empresa de «defensa» del orden:

«A todos los directores de las cárceles de Italia se les ha enviado una circular reservadísima.

Según esta circular, cada director debe obligar a los detenidos por delito común a que se alistén en calidad de voluntarios para la guerra de España.

He aquí las condiciones: el detenido que se aliste como voluntario, obtendrá el indulto total de la pena; en España gozará de los mismos tratos y los mismos derechos que los demás soldados; las familias de los detenidos alistados para España recibirán una pensión mensual.»

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

Los intelectuales, al servicio de España

(Continuación)

órdenes del pensamiento y de la cultura, y tendréis la gran razón de mi fe, la fuente de la prodigiosa energía española, la clave de tantos fenómenos desconcertantes. Porque tiene raíces hundidas en la tierra madre, el árbol crece y da fruto y sombra bienhechora. Las artimañas más sutiles y sabias de la ciencia agronómica no son capaces de substituir, de manera perdurable, las fibrillas nutritivas de un vegetal, y, en cambio, sobre su base, todo lo demás viene por añadidura — el tronco robusto, las hojas espléndidas, el fruto sabroso — a poca cuidado que en el cultivo se ponga.

Los intelectuales están al servicio de España, frente a las potencias extrañas a su propio ser, exereencias supervivientes de antiguas floraciones parasitarias y malditas, culpables de todas las desventuras nacionales y de traición villana en su último avatar. Están donde estuvieron siempre, pero ¿podrían estar en otra parte? ¿Se comprende — agotando el símil — que las raíces de un árbol se declaran, de pronto, insolidarias del fruto que ellas se han alimentado, porque un malhechor venga a robárselo o un malvado se entretenga en aplastarlo a palos?

Verdad es que en este absurdo incivil y anti-

vital han caído algunos intelectuales españoles — Pío Baroja, por ejemplo, se une a los facciosos el mismo día que éstos declaran nocivas todas sus obras —; pero estas observaciones individuales sólo sirven para hacer más patente la pasión con que las otras raíces de la fortaleza moral española siguen atenuadas a la tarea que su destino biológico les ha asimilado. Porque ni siquiera es un deber de aquellos que se pueden cumplir o no a potestad y sin riesgo. No cumplir éste es, sencillamente, la muerte. Como los intelectuales españoles lo entendían así, rectamente callaban. No podían atribuir mérito al hecho de vivir, ni sentir la necesidad de proclamarse vivos. Sin embargo, las circunstancias han llegado a ser tan absurdas, que les han exigido una renovación de fe de vida. El manifiesto es, en suma, la fe de vida de la intelectualidad hispana. En cierto modo, una redundancia. Pero, acaso, no ociosa, porque las omisiones voluntarias equivalen a certificados de defunción. Y bueno es que no haya muertos emboscados.

Paulino MASIP

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

La formidable labor sanitaria de la República

La creación de la Intendencia Sanitaria ha hecho posible que, aun en medio de las dificultades de la guerra, se proporcione a todos los enfermos alimentación muy superior a la que disfrutaban en tiempos normales

Esta guerra de España, como todas, ha creado serias dificultades, que se van venciendo cada día con más eficacia, para el abastecimiento de la España en lucha contra el fascismo europeo. España necesita importar, como sucede a todos los países, cantidades de mercancías que completan las que se obtienen de su suelo o producen sus industrias. Estas mercancías han de venir forzosamente por mar. Pero el Mediterráneo, ruta de nuestros buques o de los extranjeros cuyos fletes paga el Gobierno español, está a merced de la piratería italiana y alemana. Y los desafueros que cometen esos Estados, aunque no han podido impedir que España se siga proveyendo de todo aquello que necesita, nos han ocasionado trastornos de los que son responsables las potencias que permiten que tales golpes mortales se asesten al derecho internacional. España no tiene, por estas causas, todos los alimentos que necesita. Y en esta situación, es mucho mayor el mérito de haber conseguido que los enfermos españoles disfruten de una alimentación perfecta, muy superior a la que se les facilitaba antes de la guerra, y sin comparar con la deficiente y de pésima calidad de los desdichados tiempos de la Monarquía.

¿Cómo se ha conseguido esto? A fuerza de la voluntad que anima todo el inmenso esfuerzo que España está llevando a cabo para vencer a naciones que están perturbando a Europa, con un «chantage» que no encuentra antecedentes en la Historia de la Humanidad. El trabajo constante e inteligente del Gobierno y sus colaboradores ha conseguido que se obtengan los resultados magníficos que vamos a exponer.

RAZONES MATERIALES Y MORALES QUE INSPIRARON LA ACTUAL ORGANIZACIÓN

Las actuales circunstancias por que atraviesa el país—dice el informe del Ministerio de Sanidad—exigen la unificación y reducción al mínimo de cuantos gastos inútiles soporta la administración pública. Hubo de procurarse, por tanto, una mejor inversión de los fondos que el Estado dedica al sostenimiento de los diversos nosocomios, que, aunque no muy sobrados, son suficientes, como se demuestra por el mismo hecho de que no fuera raro encontrar diferencias muy

marcadas en la alimentación de los enfermos de los distintos Sanatorios y Hospitales, a pesar de librarse por el Estado, para estos fines, cantidades proporcionalmente idénticas en todos ellos.

Por otra parte, los conflictos y quejas sobre la asistencia que se prestaba en los nosocomios del Estado, tenían, en la mayoría de los casos, sus fundamentos en el defectuoso régimen alimenticio y, en parte también, en la depresión moral que en el enfermo produce la comparación molesta con el régimen de otros centros mejor dotados o mejor regidos, y, aun dentro del propio establecimiento, por el diverso trato recibido por aquellos a quienes su posición permitía el lujo del pago de una pensión.

De aquí que, junto con la disposición por la que suprimen las plazas de pago y se consideran, por primera vez en España, como único criterio para el tratamiento de los enfermos, las exigencias de su propia enfermedad, prescindiendo de su posición económica, se fué al mismo tiempo a la creación de la Intendencia Sanitaria.

LAS VENTAJAS CONSEGUIDAS

«Implantar una ración diaria—continúa el informe—y única para todos los nosocomios, es la premisa necesaria de una Intendencia general cuya necesidad era sentida en la Sanidad estatal desde mucho tiempo antes.

El funcionamiento de una Intendencia general supone una reducción de gastos; hace posible la adquisición de comestibles de todas clases en las zonas que los produzcan en abundancia, con reparto proporcional a aquellos que carezcan de los mismos; permite ejercer una inspección directa sobre su cantidad y calidad, etc., y sobre todo, teniendo en cuenta los

momentos actuales, independiza a los nosocomios de los intermediarios que no pueden dar plenas garantías de la continuidad de su cometido.»

LA RACION DIARIA QUE SE DA A LOS ENFERMOS DE TODOS LOS HOSPITALES

La demostración de la excelente alimentación que se proporciona a los enfermos, se halla en la ración que diariamente reciben y que es la siguiente:

Desayuno	
Café o chocolate ...	6 gramos
Leche	250 »
Azúcar... ..	20 »
Mantequilla	15 »
Pan	80 »
Almuerzo	
Sopa	300 »
Pescado o fécula ...	80 »
Un huevo con patatas o tortilla ...	»
Carne	120 »
Pan	100 »
Frutas	200 »
Merienda	
Leche	300 »
Comida	
Puré, sopa o verdura cocida	300 »
Carne, pescado o huevo	80 »
Pan... ..	100 »
Galletas (4) o queso	50 »
Dulce	75 »
Leche	250 »

Lo expuesto esboza la obra sanitaria llevada a cabo por el Gobierno de la República, desde que estamos en guerra. Es bastante lo indicado para comprender el valor de todo lo que se lleva hecho.

Cuando, terminada la guerra, pueda analizarse la labor del Gobierno en su conjunto, esta parte de la Historia de España figurará como la más llena de un contenido y de un vigor constructivos.

Los facciosos carecen de sanidad de guerra

Los heridos se hallan sin asistencia, medio desnudos y comidos por los parásitos

(De nuestro corresponsal en el Alto Aragón)

Sariñena. — Entre las montañas, blancas por la nieve, los fusiles del Ejército republicano disparan. Los disparos corrientes en las trincheras; los que ha-

blan de la existencia de una guerra de invasión y de liberación.

Una ladera de la montaña de enfrente queda cubierta de manchas extrañas: la de los faccio-

sos muertos. Y por entre las manchas, huyen los otros.

Los republicanos, ágiles, duros, fuertes, procuran situarse en la retaguardia de los fugitivos. El Pirineo permite a nuestras tropas tan magnífica operación. Comienzan a caer prisioneros los facciosos que no huyen precipitadamente. Dudar en la huida es morir o quedar en nuestro poder. Y como los agentes fascistas de propaganda les han dicho que las tropas republicanas matan al prisionero, tratan de ponerse a salvo al amparo de sus posiciones más fuertes.

Oímos unas voces, en vasconcelo, y pronto, ante nuestras avanzadas, llegan varios mocetones con un pañuelo en alto y el fusil al hombro. Y dicen con alegría:

—¡No tiréis, camaradas, que somos vascos!

El avance prosigue. Hemos llegado a unos lugares donde abundan las cuevas y las chavolas. De una de éstas surgen unos gemidos escalofriantes. Más que de un ser humano parecen de un animal que pudiera expresar su angustia ante la proximidad de la muerte.

Tres soldados entran en la vivienda y ven a un hombre herido. Este les dice:

—No permanezcáis aquí, que

la miseria os arrastrará hasta las filas fascistas.

No hablemos del cuadro espantoso — la guerra es así — que ofrece el interior de la chavola. Limitémonos a decir que los facciosos deben de carecer de Sanidad de guerra. En aquel lugar montañoso hubo tropas moras y las substituyeron con soldados gallegos. Los moros dejaron en el local cantidades inmensurables de parásitos y nadie se cuidó de destruirlos.

El herido dijo que el dolor del balazo era una liberación del padecimiento ocasionado por los parásitos.

El frío en las alturas pirenaicas, pese a la bondad de este febrero, casi primaveral, es intenso. Pero los heridos y los prisioneros fascistas están en situación de gentes que inician el hecho de vestir o, por el contrario, el de sólo cubrir la desnudez.

Oímos exclamar a un herido, apenas cubierto por mantas en un hospital avanzado:

—Por primeza vez, en muchos meses, no siento frío. ¡Ojalá me hubiesen dado este balazo en el mes de octubre!

Le miramos, compasivos y espantados. El también nos mira. Y con una emoción inefable, nos dice sencillamente:

—¡Si «allí» creyeran esto!

A pesar de los obuses fascistas, en Madrid se siguen doblando y sincronizando películas

(De uno de nuestros corresponsales en Madrid)

Cada nueva actividad de la retaguardia madrileña que se descubre es causa de asombro para el que, teniendo en cuenta las condiciones de Madrid, con el enemigo en los extremos de sus calles, va de sorpresa en sorpresa ante el espíritu de este pueblo admirable.

Hoy, por ejemplo, hemos descubierto que en Madrid continúan funcionando, como en tiempo normal, los estudios de la «Fono-España». En la «Fono-España», se doblaban películas antes del movimiento faccioso. En la «Fono-España» continúan doblando y sincronizándose «films», si no en la misma proporción que hace dos años, con la suficiente intensidad para que el estudio no esté inactivo ningún día. En general, ahora se doblan muy pocas películas; pero, en cambio, el número de cintas que se sincronizan ha aumentado de forma extraordinaria. Porque, en Madrid, se producen ahora más documentales que nunca. Cierta que, en cualquier calle de la capital de la República, brotan ante la cámara los temas para películas documentales que habrán de asombrar cuando se proyecten en el extranjero. Hoy, en la «Fono-España» se estaba sincronizando una película editada por el Estado Mayor del Ejército del Centro. Se titula «Canciones de España», y en ella, mezcladas con el «folk-lore» español de más rancio abolengo, aparecen las más nuevas canciones que suenan en los campos españoles: el estampido de las bombas, mientras abajo, en el llano o dentro de las trincheras, los hombres del pueblo defienden su libertad entonando esas otras canciones que salieron de sus labios aquellos días en que, dentro de la paz de los pueblos, se dedicaban a la labranza de estos campos en los que la metralla desdibuja los surcos largos y rectos que trazaron los arados.

A lo lejos, sonaban hoy tam-

bién las nuevas canciones de España. Porque las baterías facciosas disparaban sobre las casas madrileñas. Pero en el estudio el trabajo seguía con normalidad y nadie se sentía inquieto ante el temor de que una de esas granadas viniese a caer sobre el techo plano y bajo del tejado.

—Esto mismo pasa todos los días — nos decía Capitán, el director técnico de la «Fono-España». Aquí vienen los músicos, los actores y todo el personal, aunque el cañoneo sea intensivo. Lo más desgraciado que nos puede ocurrir, y ya ha ocurrido, es que algún obús estalle demasiado cerca y el ruido y la trepidación lleguen hasta aquí mismo. La banda sonora se estropea y el trabajo se pierde. Es una pérdida considerable de pesetas; pero por ello no nos arredramos y volvemos a empezar con el mismo ánimo del principio.

Hoy no ha ocurrido el menor tropiezo. El maestro Tellería dirigía la orquesta, atento a los menores detalles, pendiente de que la partitura correspondiese al momento calculado, mientras la proyección desfilaba por la pantalla. Después, ha terminado el trabajo y todos, músicos y actores, cantantes, técnicos y obreros han marchado para sus casas, donde les esperaba ocasión de seguir probando, igual que en el estudio, su inmovible espíritu antifascista; sólo que allí, además del peligro de las granadas enemigas, aguardaba el mismo menú que todos los días, no más indicado, ciertamente, para crear grasas superfluas, pero sí el suficiente para mantener vivo este espíritu de que hemos hablado.

ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE

La situación militar

Esperando las nuevas jornadas

Días pasados hemos leído en «The Times», de Londres, un artículo de su redactor militar, referente a la guerra española. En él se dice que el problema de la retirada parcial o total de los llamados voluntarios, ha perdido una gran parte de su importancia. Y da las razones, que son convincentes.

En su opinión, el cambio que ha experimentado el Ejército de la República, y la desaparición de la milicianada entusiasta y caótica, milagro de la desesperación y la improvisación unidas, que fuera su antecedente, ha colocado sobre el primer plano el factor de los medios mecánicos. Ya no hay apenas diferencias esenciales entre las brigadas republicanas y las fuerzas de choque utilizadas por Franco. Las batallas se ganan o se pierden, gracias al material...

Como se ve, el redactor de «The Times» coincide con el Gobierno español. Este dijo que la evacuación de Teruel había sido debida, exclusivamente, a la superioridad en aviación y artillería de los rebeldes. Sus afirmaciones son confirmadas por un diario que no puede ser sospechoso de demagogia y que sirve actualmente de vocero al clan germanófilo culpable de la dimisión de Eden...

¿Qué puede importarnos que se marchen de España unos miles de italianos y de alemanes si se queda aquí todo el personal especializado, es decir, los aviadores, los ingenieros, los artilleros, los artificieros, los químicos, los mecánicos, los maestros de pólvoras, los montadores, los conductores, cuantos, en suma, vienen manejando y utilizando los centenares de aviones, cañones y carros de asalto y los millares de armas automáticas a que los facciosos confían, casi exclusivamente, el éxito de sus operaciones?

Algunos miles de flechas negras o de legionarios Cóndor, de más o menos, no influirán gran cosa en el resultado de la lucha, dado el volumen de los Ejércitos combatientes. Pero una honda desigualdad en los elementos mecánicos, si es de trascendencia. Lo sabemos de sobra. Acabamos de tener una nueva prueba de ello. Y nos afanamos para que dicha desigualdad desaparezca, poniendo a contribución todas nuestras posibilidades industriales.

Y mientras el inefable e inverosímil Comité de Londres—Comité de No Intervención en sentido único—sigue celebrando reuniones y suscribiendo actas y estudiando porcentajes, continúan desembarcando africanos en la Península. Periódicamente llegan de Ifni batallones de tiradores, reclutados en la zona francesa. Semanalmente pisan el territorio español nuevos tabores de marroquíes. Pero además—y esto es lo más grave—, no cesan los envíos de indígenas procedentes de las regiones de África que pertenecen a Mussolini. Por ejemplo, véase lo que se nos cuenta en un despacho de Londres: «Se tienen noticias de graves sucesos ocurridos en Trípoli con motivo de un envío de tropas libias a España. Se sabe por conducto fidedigno que a fines del mes de enero se embarcaron a bordo del buque «Lido» tres mil de estos soldados indígenas, entresacados de distintos batallones para combatir en los ejércitos de invasión de España. Cuando se procedía al embarque de los soldados, la población indígena hizo manifestaciones de protesta, intentando oponerse a la marcha de aquellas tropas. Intervino la policía practicando numerosas detenciones. Cuatro de los manifestantes fueron condenados a muerte

en juicio sumarísimo y la sentencia se cumplió inmediatamente. Entre los fusilados figura el santón «El Aied», popularísimo en Trípoli. La agitación entre el elemento indígena es grandísima.»

Nosotros, los republicanos españoles, hemos protestado ya contra el hecho escandaloso de que Franco reclute y arme, en nuestra zona de Protectorado, moros que son, oficialmente, súbditos del Sultán de Marruecos y los traiga a España para que peleen contra el Gobierno legal y nacional. Y no dejaremos de exigir que sean repatriados. Mas parece que el Comité de Londres no los considera como legionarios, al igual de los alemanes, italianos y lusos del franquismo y de los voluntarios de nuestras Brigadas Internacionales. Sin duda se pretende que esos libios, eritreos, somalíes y «dubtats», mandados por Italia a España, sean mezclados intencionalmente a los marroquíes y mauritanos y ocultados de tal modo a las investigaciones de los comisionados que van a venir... Se prepara, por lo tanto, una farsa más y un nuevo ultraje al Derecho.

Desde la evacuación de Teruel al día en que escribimos, no ha habido sucesos de orden militar en los frentes de batalla. Nuestro repliegue acabó sin tropiezos y nos hicimos fuertes en la nueva línea del Bajo Aragón señalada por el mando. El enemigo nos siguió hasta ella; pero al ver que nos parábamos, se paró también. Y dedicó a trabajos de atrinchamiento. A la vez, comenzó una gran ofensiva por radio, destinada a impresionar a su retaguardia y a la republicana. Y dió cifras de prisioneros absolutamente fantásticas. Nosotros dijimos que no nos habíamos dejado en Teruel ni hombres, ni víveres, ni material útil. El cerco fué roto con facilidad por la guarnición de la plaza, que se incorporó al grueso de

nuestras fuerzas sin sufrir copos, ni parciales siquiera. Esa es la verdad auténtica, absoluta y desnuda. Hemos probado demasiadas veces que nos duelen prendas y que no ocultamos nuestros descabros para que no se nos crea bajo nuestra palabra honrada.

¿Y ahora? Tras la pugna llegó la lisis. Había que esperar. Pero la presente calma es precursora de nuevas tempestades. ¿Por dónde descargarán éstas?

En Extremadura se hace una guerra muy distinta a la de Aragón. Allí, los frentes no son rígidos ni continuos. Se ocupan los caminos principales, las eminencias, los parajes de importancia táctica. Y quedan, entre los puestos fortificados, vastos espacios de tierra de nadie. Esta circunstancia determina las características de la lucha extremeña. La algara, de tan vieja tradición en la España del Oeste y del Sud, o sea de las regiones que fueran durante siglos país de fronteras y marcas, sustituye frecuentemente a la operación preparada con tiempo y medios y enderezada a la consecución de un fin concreto y exclusivo. De ahí que los avances y los repliegues tengan menos trascendencia que en el Centro y el Este y sean más rápidos y profundos. Se gana o se pierde en horas un cerro, una montaña y hasta un desfiladero y una sierra. Atacan las vanguardias. Acuden los elementos de protección. Si la pugna se agrava, se llama a las reservas de la zona. Son hechas bajas y cogidos prisioneros, nunca muchos, por lo limitado de los efectivos. Se logra algún botín. Y al cabo, sin que el mapa de los frentes se modifique de una manera grave, se va apagando el combate y sólo algún cañoneo, algún tiroteo o un raid aéreo, rompe la monotonía de las militares jornadas.

(Continúa en la pág. siguiente.)

Una institución modelo de la República

La Caja Nacional de Seguros de accidentes del trabajo

Las deficiencias de la primera ley sobre accidentes del trabajo, votada hace cerca de cuarenta años, y que, indudablemente, significó un evidente progreso en la legislación social, fueron subsanadas en gran parte por la República española, que, borrando todo cuanto de injusto tenía la ley primitiva, se hizo más humana con la adhesión de las normas de Ginebra.

Según estas nuevas leyes adoptadas en 1932 y 1933, las rentas abonadas al accidentado, se ajustan a la siguiente escala: cuando el accidente produce una incapacidad permanente, pero parcial, para el ejercicio de la profesión a que se dedica el accidentado, éste percibe una renta vitalicia equivalente al 25 por 100 de su salario. Si la incapacidad es total para la ocupación habitual del accidentado, la renta se eleva al 37 por 100 de su jornal. Si la incapacidad es absoluta para todo trabajo, la renta alcanza al 50 por 100.

En la ley en que se expresaba esta reforma, se hacía también obligatorio el seguro, concertado por los empresarios en una Mutualidad, en una Compañía de las autorizadas para cubrir este riesgo, o en la Caja Nacional de Seguro de Accidentes del trabajo.

—¿Cuáles son las funciones de este organismo?—hemos preguntado.

—Se trata de un organismo oficial apartado de toda idea de lucro y que fué creado para atender las necesidades de la nueva Ley de Accidentes. Esta Caja depende enteramente, del Instituto Nacional de Previsión, institución antigua en los Seguros Sociales. A su vez, el Instituto Nacional de Previsión, que dependía anteriormente del Ministerio del Trabajo, depende ahora del de Hacienda.

—¿Cómo realiza su función la Caja Nacional?

—Aparte de sus funciones como entidad aseguradora, la Caja recibe de

las Compañías y Mutualidades, o de los patronatos, en caso de no existir el seguro, los capitales necesarios para el pago de las rentas. Estos capitales están calculados, no en cuanto a la producción de las rentas, lo que elevaría enormemente el coste, sino para ser consumidos en los pagos de las rentas mismas.

—¿Qué operaciones ha realizado la Caja Nacional?

—El importe de los capitales constituidos por la Caja Nacional durante los años 1933 al 36, por incapacidades permanentes y muerte, ha sido de 14.017.602'92 pesetas. Los capitales ingresados por las Mutualidades y Compañías durante los años 1933 al 35 para el pago de rentas por incapacidad y muerte, han sido de pesetas 39.283.282'32. Sólo la mera observación de estas cifras, expresa la impresionante cantidad de accidentes de trabajo a que ha hecho frente el Seguro.

—¿Qué otras misiones tiene a su cargo la Caja Nacional?

—La administración de un fondo especial llamado de Garantía y mediante el cual, se supliría la insolvencia de los patronos que no hubieran cumplido sus obligaciones de asegurar a los obreros, y los retrasos en la entrega de capitales con que constituyen las rentas. Como el obrero no puede ser víctima de la negligencia de su patrono, o de los retrasos posibles, bien por parte de éste o de las entidades aseguradoras, en consignar en la Caja Nacional los capitales y primas necesarias para el pago de rentas en caso de siniestro, el Estado, de acuerdo con las normas de Ginebra, ha formado dicho fondo, entregando su gestión al organismo oficial del seguro, con lo que los beneficios percibidos por los trabajadores son enormes. Otras creaciones convenientes de este organismo son el Fondo de Prestaciones complementarias y la Clínica del Trabajo, residente en Madrid, y que se considera como un modelo de organización y de instalación. En esta Clínica son espléndidamente atendidos los obreros accidentados y existe una sección de reeducación de inválidos. La Clínica cuenta con un eficaz servicio médico, completado por una vasta red de inspectores igualmente médicos.

La Caja ha realizado y realiza una labor perseverante de propaganda del seguro, para conseguir de las industrias la extensión del seguro a las diversas clases trabajadoras. Sus servicios jurídicos persiguen cualquier pacto fraudulento que pueda perjudicar a los obreros accidentados, lo que le da una gran amplitud de criterio en la apreciación de los siniestros y la incapacitación de los accidentados. Esto no influye para que la Caja no trate de cortar y evitar asimismo todos los abusos posibles en que puedan incurrir las partes interesadas en el seguro. Para esto, realiza también una intensa labor educativa que reforma, en ciertos casos, la ética del obrero y su concepto de lo legal y de lo justo.

Las informaciones que publica este **DIARIO** responden siempre a la veracidad más estricta

Opera bajo las bombas

Nuestra República tiene rasgos de espíritu lo bastante refinados para que nos enorgullezcamos de tenerlos. Han resultado inútiles los esfuerzos de nuestros enemigos para divulgar un tipo de descamisado brutal que degollaba a los caballeros del Greco y violaba a las duquesas de Goya. La República ha acunado a su obras de arte y las ha apartado de los bombardeos, gracias a ese hombre maravilloso del pueblo español, que presiente el valor metafísico de sus actos. Como dijo el otro día el Presidente del Consejo, al español le duelen sus monumentos. Es a los extranjeros exaltados por un misticismo salvaje de dominio, a quienes les importa poco tronchar la crestería de una catedral gótica o quemar un museo. En su afán de no ahorrar terror ni devastación, no han respetado el patrimonio artístico, eso que no corresponde a unos ni a otros contendientes, sino como objeto de amparo y severa guarda, por ser herencia de los comunes antepasados y, por extensión, gala del espíritu humano.

Hemos de confesar que Europa parece desinteresarse de la cultura. Al honorable mister Chamberlain, financiero y ornitólogo, le trae sin cuidado que la política expansiva de Alemania e Italia prive a la humanidad de los testimonios plásticos que conservaba España. De generalizarse esta indiferencia, volverá la catedral de Reims a ser diana de las baterías teutonas, y también le llegará, naturalmente, su hora a la Abadía de Westminster. Entonces, los agujeros abiertos por las bombas extranjeras en la techumbre del Museo del Prado, tendrán perfecto derecho a hacer guiños burlescos. Es difícil acostumbrarse a esta insensibilidad. La muerte de un caballo de la cuadra de lord Londonderry, conmociona, hoy por hoy, a los lores conservadores, más que la destrucción de Alcañiz; pero a los españoles nos

toca poner a recaudo los valores esenciales del hombre, que son tradición y cultura.

Nos sentimos francamente envanecidos de ser tan distintos a la sociedad de Franco. Este subespañol dispone de una gavilla de escritorzuelos que abrevan en el léxico de Giménez Caballero y Eugenio Montes, sin otro menester que demostrar la licitud mayestática de las infamias del siniestro cabecilla. En cambio, los hombres de nuestro Gobierno suelen reprender, con evidente injusticia, las alusiones que a sus méritos hacen los periodistas amigos. Un poeta chirle y florido, Pemán, lanza motetes patrióticos que suenan a escarnio, sobre el mosaico de moros, teutones, etíopes, italianos y demás invasores. Pero en nuestro lado se escanden romances de metro leal, lozanos de raza y de natural poesía. Ellos poseen tal cual bufón y muñidor; nosotros, compañías enteras de altos poetas populares. Carmen Díaz, actriz protocolaria del señoritismo, monta en el escenario del Calderón una obra bárbara del doctor Fey, consagrada a la esvástica. Y, como respuesta, el Liceo de Barcelona alza su telón, siendo empresario el Gobierno, para que el pueblo halle bajo los bombardeos un refugio musical. Por cierto que esta temporada ha sido saludada con ocho bombardeos italianos, lo cual no ha impedido que se canjeen las mejores notas de los artistas por los aplausos más fervorosos del pueblo. Inaugurará, además, este período de ópera, por indicación expresa del jefe del Gobierno, señor Negrín, un orden de presencia, que en nada se parece a las viejas galas del Real. Quiere decir que estarán representados en palcos y localidades de honor, en todas las funciones, los heridos de guerra, los jefes, oficiales, comisarios y soldados con permiso, y los obreros calificados por su rendimiento.

(«La Vanguardia», Barcelona, 6-III-1938.)

Amar verdaderamente a Italia

Por CARLO SFORZA

Ojeando los periódicos ingleses y franceses, leo a menudo estas palabras: «Austria ha sido traicionada». No, Austria no tiene sino lo que merece. Quien ha sido traicionado es el pueblo italiano. Sin periódicos, sin Parlamento, sin libertad de discusión, ¿cómo podía darse cuenta exacta de los peligros que se acumulaban sobre su cabeza? Hoy que la carretera del Brenner está abierta a unos alemanes embriagados por el loco mito de la superioridad racista, los italianos—aun aquellos que hallaron cómodo hacerse optimistas—se preguntan, en un atroz despertar, si el tam-tam «imperial» con que fueron ensordecidos durante años, no les ocultó peligros y riesgos muy graves para el porvenir de su patria.

En política extranjera, todo se paga. En política extranjera, los errores cometidos, se convierten en hipotecas extranjeras sobre nuestro porvenir.

Uno de los deberes supremos de quienes fueron investidos de la misión sagrada de proteger a nuestro país debía ser, después de la guerra, el de desear—y hasta favorecer—un auténtico despertar, en los alemanes, de la conciencia de la libertad que la larga dictadura de Bismarck y los triunfos materialistas hicieron aún más inexistentes. (Durante sus treinta años de luchas heroicas, Mazzini y Garibaldi tuvieron, con ellos, voluntarios franceses y húngaros, polacos e ingleses, suizos y rusos; pero ni un solo alemán.) Pero un deber igualmente imperioso era no excluir la posibilidad de que los alemanes se dejaran de nuevo guiar—después de la desaparición de los medrosos ministros católicos y socialistas de la República—por herederos tachados del presuntuoso pangermanismo a lo Guillermo. Nuestro supremo deber era comprender que éstos constituirían, a la larga, un peligro para la libertad y la seguridad de Italia.

Cuando, en noviembre de 1920, los plenipotenciarios yugoeslavos vinieron a Rapallo para firmar, al fin, una paz adriática, paz digna y libre, la consigna que recibieron de un Consejo de la Corona que se había reunido en Belgrado antes de su partida, imponía límites severos a sus concesiones. Límites que yo les puse en la obligación de violar, decidido como estaba a dar a Italia una frontera geográfica perfecta, con el Nervoso comprendido. ¿Cómo fué anulada esta consigna por la presión italiana? Sencillamente porque, a raíz de una dramática noche, conseguí hacer clara, en su conciencia, la visión de un posible neopangermanismo que renovase un «Drang nach Osten» aún más peligroso que el del pasado, y, ante el cual, italianos y eslavos habrían de estar fraternalmente unidos para poder seguir siendo cada uno dueño de su país. Y he aquí que un régimen dictatorial en Roma, favorece y casi impone, a otro régimen dictatorial en Belgrado, lazos germanoyugoeslavos, que son la antítesis de cuanto puede servir a la defensa y a la libertad de Italia.

Además, una prensa estandarizada ha terminado por hacer creer a gran número de italianos que la Pequeña Entente era un organismo sometido a Francia y no desprovisto de carácter anti-italiano. ¿Quién se acuerda hoy de que cuando la Pequeña Entente fué creada por el fértil espíritu de Benes, y con todo mi apoyo, los «burócratas» tradicionales del Quai d'Orsay miraron con desconfianza al nuevo grupo por considerarlo «demasiado italiano»? La verdad es que puesto que la destrucción de la Austria feudal y clerical costó cerca de 600.000 muertos a Italia,

nosotros teníamos, más que nadie, un supremo interés en la vitalidad y en la amistad de los Estados que sucedieron al artificioso conjunto «habsburgués». Y es precisamente el régimen dictatorial italiano quien ha hecho todo lo posible, desde hace varios años, para desmantelar un sistema que—aun a pesar suyo—habría constituido siempre una protección para nuestra patria.

He dicho más arriba que la Austria actual no tiene sino lo que merece, si cae, sometida ante las amenazas epilépticas de Hitler. Pero en esto también—como si fuese un destino fatal—cada uno de los actos de la diplomacia fascista minó todos los reductos que podían ser útiles a Italia. En efecto, los clericales, llenos de unión, de Viena, no se hubieran atrevido nunca a bombardear y a meter en la cárcel a una tercera parte de la población vienesa; es decir, a todos esos demo-socialistas que habrían constituido hoy, en Austria, el más sólido obstáculo contra la marcha hacia el sur. Del sur fué de donde se inspiró al mediocre valor de Dollfus, la triste fuerza de disparar sobre sus propios compatriotas. ¿Qué importaba, si se hacía desaparecer uno de los más seguros reductos para la defensa de Italia, puesto que los cañones austriacos destruían, al mismo tiempo, al majestuoso «Matteotti Hof»?

Mientras Italia corre el riesgo de pagar sus odios y sus rencillas, unos maquiavelos, tipo siglo XVI, murmuran en nuestro país—para calmar las nacientes inquietudes—que unos acontecimientos próximos y gigantescos valdrán a Roma otros muchos botines que los que el führer alemán está ya preparándose.

Pero aun si estas ganancias hubieran de realizarse, no aportarían más que frutos conseguidos con cenizas y veneno. Etiopía nos enseña que no se crean imperios coloniales cuando la era colonial, a pesar de algunas falaces apariencias, está, en todas partes, y desde ahora, condenado a una fatal desaparición.

La naturaleza ha impuesto al pueblo italiano dificultades y dolores que han sido ahorrados a otras naciones de suelo más fecundo. Pero Italia—libre de amenazas y de funestas pesadillas—tiene un destino único en el mundo, que, a pesar de todo, aspirará, mañana, a una organización internacional de la paz. Es decir, que sus intereses más esenciales y legítimos se confunden con el advenimiento de una ley internacional más humana y más justa.

La era de las «misiones históricas» de los pueblos ha pasado. La obra de redención y de progreso humano es, desde ahora, un deber común. Pero en el cumplimiento de este deber, la Italia libre podrá fácilmente asu-

«Hoy, como anteriormente olvidemos nuestras querellas»

En todas las difíciles circunstancias, Francia se ha alzado firme y unida contra el enemigo exterior, y éste, hoy, como ayer, deja ver bayonetas más allá del Rhin. Y ante el peligro que se cierne sobre su suelo y sobre sus intereses, los franceses, todos, se unen en grito de alerta. En L'Epoque, cuyas simpatías por el fascismo son bien conocidas, escribe el general Castejón:

«Queda, desgraciadamente, algo que mantiene las inquietudes que persigue a los pueblos unidos al bienestar de la paz.

Nosotros saludamos, con un profundo sentimiento de satisfacción y de confianza, los esfuerzos eficaces aplicados a la reconstrucción y al desarrollo de nuestras fuerzas armadas. Con la conciencia del deber cumplido, borramos espontáneamente las polémicas del pasado, y deseamos una unión íntima entre todos los buenos franceses ante el peligro que ruge en el horizonte.

Hoy, como anteriormente, olvidemos nuestras querellas; expulsemos de nuestros espíritus y de nuestros corazones los impulsos del partido para dejar lugar, todo el lugar, a la única pasión de Francia: una, honrada y libre. Hoy, como anteriormente, agrupémonos alrededor de la bandera de nuestro ejército, «la más hermosa de Europa», para salvaguardar la civilización cristiana y la salvación de la Patria.»

mir el muy noble papel de heraldo.

Para comprender y ver esto, solamente es necesario comenzar por amar verdaderamente a Italia, no a la de un imperio de cartón, sino a la Italia viva y verdadera; a la que socó, de siglos de dolor y de incomparable gloria, una civilización humana que nada tiene de común con las bestiales pasiones que bajan hoy hacia el Brenner.

(«Journal des Nations», 1-III-1938.)

FRANCIA ESTA ALERTA

Los reaccionarios de todas partes que seguían con emoción el duelo entre el Senado francés y la Cámara Popular, se habrán visto desencantados ante la solución del conflicto. Chautemps ha tenido un nuevo triunfo. Hasta sus enemigos tendrán que reconocerle dotes excepcionales de firmeza, habilidad y previsión política. El Código de Trabajo, que han aprobado ambas Cámaras, está llamado a dar categoría histórica a este Gobierno de republicanos franceses, al que sostienen las grandes masas del Frente Popular. Después de las iniciativas de Roosevelt en materia social, la ley Chautemps es la primera que consagra en Europa una preocupación seria para dar cauce, dentro de la democracia, a los grandes conflictos entre el capital y el trabajo. Nadie ha de pedirle a esa legislación que obre milagros y ponga término a la lucha de clases. Pero es indudable que influirá enormemente en la situación social del vecino país.

Las gentes de derecha esperaban el conflicto constitucional que diese al traste con el Ministerio Chautemps y deshiciese el Frente Popular. Fascistas y filofascistas comprenden que la unión de la democracia francesa es un peligro para sus planes. Necesitarían en Francia un Gobierno como el de Chamberlain, que se decidiese a hacer concesiones a las dictaduras y aceptase desligarse de sus compromisos con naciones como la U. R. S. S. y Checoslovaquia, hacia las cuales apuntan los expansionistas del eje Roma-Berlín-Tokio.

Precisamente ahora señalan los informes de prensa la tendencia del Gobierno conservador inglés a intentar una política de concesiones al fascismo a base de las cuatro potencias que se consideran capaces de asegurar el deseado arreglo europeo. A las pretensiones de Mussolini para negociar el acuerdo con Inglaterra, se unen las de Hitler, que pone como condición hacer callar a la prensa inglesa en su campaña antinazi. El reverendo

Halifax, al frente del Foreign Office, anima a los dictadores para pedirle a Inglaterra que renuncie a una serie de garantías indispensables para el mantenimiento de su imperio, a cambio... de no hostilizarla en el Mediterráneo oriental. El viejo Chamberlain, influido por su espíritu reaccionario y por los grupos de la City, no parece asombrarse mucho de semejantes pretensiones. Tiene la obsesión de tratar directamente con los fascistas y para ello abomina de la Sociedad de Naciones, de la seguridad colectiva y de los conflictos aislados, como el de España o el de Austria, sobre los cuales pasaría como sobre ascuas.

La dificultad está en Francia. El Gobierno francés, que representa como nunca el espíritu nacional, no está dispuesto a correr aventura tan arriesgada. Aunque Chamberlain fuera un Ulises de la diplomacia, Francia no le acompañaría. Prefiere sus amistades seguras, sus convenios de ayuda mutua, sus alianzas militares que le permitirán siempre responder

con ventaja a la agresión de sus enemigos tradicionales. Los franceses saben, además, que el pueblo inglés no piensa lo mismo que su Gobierno. Acaba éste de sufrir la amputación del miembro más sano y popular y el hecho se ha caracterizado por una verdadera movilización de la opinión pública, que sale a la calle e irrumpe en los Comunes, rechazando las concesiones al bloque fascista.

Chamberlain tratará con Mussolini del Mediterráneo oriental; el occidental, que es el que interesa a Francia, no figura, según las agencias, en las conversaciones. El problema de España se hundirá de nuevo, en el pantano del Comité de No Intervención. La invasión de Austria, tampoco interesa de momento al primer ministro británico. ¡Ah, pero Francia está alerta! A Francia sí le importan sus comunicaciones con las colonias, su retaguardia de los Pirineos, la intangibilidad de Checoslovaquia. Y no acudirá al reclamo del pacto de los Cuatro, porque en ello va su existencia entera.

Los alemanes cobran su impuesto de guerra en hierro de nuestras minas

Vizcaya fué codiciada por los alemanes como presa compensadora de su intervención en España. En el fondo de sus montañas existía una mercancía de equivalencia más estimable que el oro mismo. Era el mineral que permitía la construcción de nuevos cañones y nuevos tanques, con los que podían conseguirse nuevos dominios y con los que podían seguir extendiendo la muerte, la desolación y la ruina en los ensangrentados campos españoles.

Por eso, una vez ocupada Vizcaya, brigadas de obreros y de técnicos dedicaron sus esfuerzos a intensificar la producción en la zona minera y a organizar su explotación, y proceder a una

exportación acelerada de la primera materia que tanto ambicionaban.

Parece que los alemanes han conseguido, en parte, su propósito. Así lo da a entender en sus páginas el diario bilbaíno Hierro, que publica la siguiente estadística de mineral exportado.

Mes de septiembre, 90.311 toneladas; octubre, 140.742; noviembre, 97.808, y diciembre, 152.937 toneladas.

Con ello no hace Alemania más que cobrar parte del impuesto de guerra fijado a los traidores que venden a su patria a cambio de medios con los que sacrificar a los españoles defensores del honor nacional, del derecho y de la justicia.

El «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN» se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

La situación militar

(Continuación)

Algo por el estilo ocurre también desde hace tiempo, en la provincia granadina, donde hemos mejorado nuestras posiciones montañosas, con la ocupación de algunas cotas en las alturas subalpinas del sistema orográfico de Sierra Nevada. Hubo escasa reacción enemiga.

Y se va acercando la primavera, época de las vastas operaciones a fondo. Cuando la guerra se hacía en Europa con arreglo a los planes rutinarios del generalato educado en la escuela de Montecuculi y del príncipe Eugenio, que no llegaron a cambiar sustancialmente las audacias federales, se daba a las tropas, apenas se iniciaba la mala estación, cuarteles de invierno. Era nada corriente que se guerrear de verdad de noviembre a marzo. Los caudillos querían sol, días largos y suelo seco. Luego Napoleón obligó a los elementos de la Naturaleza a servirle de colaboradores de sus triunfos. Sin embargo, tuvo que decir en una ocasión que el barro de Polonia, quinto elemento natural, con el que no contara, había podido más que él.

Nosotros atacamos en el Bajo Aragón desafiando temperaturas de quince grados bajo cero y haciéndole de la nieve una aliada sumisa. Franco no lo esperaba. Se engañó. Y todavía sufre, no obstante haber recuperado Teruel, las consecuencias de ese engaño...

(«Boletín Decenal» - Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra.)